

## HERMENÉUTICA Y PSICOANÁLISIS: ENTRE LA CONFIANZA Y LA SOSPECHA

JUAN JOSÉ ABUD JASO

Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de asignatura. Universidad Católica Lumen Gentium. Profesor de medio tiempo. Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica del CiES.

[kabirabud@gmail.com](mailto:kabirabud@gmail.com)

Recepción: 23 septiembre de 2022/ Aceptación: 21 de octubre de 2022

### SUMMARY

Voy a ubicar al psicoanálisis dentro del paradigma hermenéutico de las ciencias sociales. El psicoanálisis es una práctica dialógica y erótica que se sitúa en dos vertientes: la de la confianza y la de la sospecha. Esta ambigüedad es inherente a cualquiera de las relaciones humanas en las que intervenga la libido: el *Fort-Da* fundamental de la vida psíquica que tiene que ver con la presencia y ausencia del objeto amado. Para dirigir la cura, el o la psicoanalista saben encauzar esta ambigüedad propia del amar en la transferencia. Esto constituye el carácter prudencial que condiciona la toma de decisiones en el quehacer psicoanalítico. Sostengo que el *ethos* del psicoanalista está descrito en el proceso de diálogo que Gadamer llama “fusión de horizontes.”

**PALABRAS CLAVE:** psicoanálisis, hermenéutica, diálogo, escucha, prudencia.

I am going to locate psychoanalysis within the hermeneutical paradigm of the social sciences. Psychoanalysis is a dialogical and erotic practice that is situated in two aspects: that of trust and that of suspicion. This ambiguity is inherent in any human relationship in which the libido intervenes: the fundamental Fort-Da of psychic life that has to do with the presence and absence of the loved object. To direct the cure, the psychoanalyst knows how to channel this typical ambiguity of loving in the transference. This constitutes the prudential character that conditions decision-making in

psychoanalytic work. I sustain that the *ethos* of the psychoanalyst is described in the process of dialogue that Gadamer calls "fusion of horizons."

**KEY WORDS:** psychoanalysis, hermeneutics, dialogue, listening, prudence.

## **RÉSUMÉ**

Je vais inscrire la psychanalyse dans le paradigme herméneutique des sciences sociales. La psychanalyse est une pratique dialogique et érotique qui se situe sous deux aspects : celui de la confiance et celui du soupçon. Cette ambiguïté est inhérente à toute relation humaine dans laquelle intervient la libido : le Fort-Da fondamental de la vie psychique qui a à voir avec la présence et l'absence de l'objet aimé. Pour orienter la cure, le psychanalyste sait canaliser cette ambiguïté propre à l'amour dans le transfert. Ceci constitue le caractère prudentiel qui conditionne la prise de décision dans le travail psychanalytique. Je soutiens que l'éthos du psychanalyste se décrit dans le processus de dialogue que Gadamer appelle « fusion des horizons ».

**MOTS-CLÉS :** psychanalyse, herméneutique, dialogue, écoute, prudence

## **INTRODUCCIÓN**

El psicoanálisis se topa siempre con el problema de reinventarse a cada instante. Nunca puede dar por sentado su método y está condenado a escapar de las recetas y los modos prefabricados ¿Es una ciencia? ¿Es un arte? En todo caso, las etiquetas también le quedan cortas o grandes, pero jamás a la medida de su quehacer que implica creatividad y capacidad de improvisación. Tanto en lo teórico, como en lo práctico, el objeto del psicoanálisis y del descubrimiento freudiano: el inconsciente, lo otro de la razón por antonomasia, se resiste a ser comprendido por ella.

Desde 1899, muy tempranamente, la hermenéutica se impone en nuestra disciplina. Su obra magna, fechada en 1900 para inaugurar el nuevo siglo, lleva por título *Traumdeutung*. Desde entonces, los herederos de Freud somos intérpretes de sueños y de las demás vías de acceso al inconsciente. En este sentido, nuestro fundador inventa una hermenéutica para descifrar y descryptar el lenguaje del inconsciente. Lenguaje sin intención ni autoría y que por ello desafía a toda hermenéutica positivista

o unívoca, incluso a pesar del propio Freud quien parece querer expresar sus descubrimientos con el lenguaje de la ciencia de su tiempo. Tampoco el polo literario, aunque más adecuado para el inconsciente, es el idóneo: no se trata de pura creación, sino de atenerse al discurso del analizante o de los textos a elucidar. La creación se atiene a la escucha, de otra manera se trata de ocurrencias sin valor clínico o teórico.

Cada psicoanalista inventa el psicoanálisis en cada momento de cada sesión y sólo se autoriza de sí mismo. Estamos expuestos al instante de decisión que es una locura como lo expresa Kierkegaard. Pero no se trata de una locura absoluta: se trata sí de la decisión absoluta y gratuita, sin fundamento, aunque no sin sabiduría práctica, sin prudencia. En cada decisión que tomamos en la clínica se moviliza nuestro propio inconsciente, también todo el bagaje de teoría que hemos digerido para ser el o la psicoanalista que somos. La decisión del psicoanalista colinda con la locura, pero no se confunde con ella.

Este ensayo trata de esa sabiduría o prudencia que sabe lidiar con la locura y caminar al borde de ella, pero que también sabe dar sentido. Una hermenéutica del psicoanálisis que bordea entre la sospecha y el sentido, entre la destrucción de los ídolos y las máscaras y la creación de nuevos sentidos y significados. Ya para Gadamer, la prudencia o la *phrónesis* es la virtud hermenéutica fundamental. (317) [1] (82-85) [2]. En este ensayo pienso delinear cómo se aplica esa virtud en el consultorio, en la práctica clínica y que esta aplicación tiene que ver con bordear la hermenéutica de la sospecha con la recolección de sentido.

## **1. HERMENÉUTICA DE LA SOSPECHA**

A decir de Paul Ricoeur, la hermenéutica de la sospecha está bajo la égida de tres grandes nombres: Marx, Nietzsche y Freud, tres pensadores que, aunque disímiles, son los forjadores de nuestra era contemporánea [3]. Michel Foucault en su conferencia, “Nietzsche, Freud, Marx” [4], analiza cómo estos tres pensadores llevan a cabo una crítica radical del sujeto moderno y de sus ilusiones constitutivas. A decir del pensador francés, “la hermenéutica camina entre la muerte y la locura” (23) [4] ¿No es así como “caminamos” en psicoanálisis, como avanza la dirección de la cura?

Es una labor esencial del psicoanálisis someter a prueba las representaciones de la consciencia como engañosas para poder lograr que emerja el inconsciente. Es una parte esencial de nuestra tarea mostrar al analizante como su subjetividad está constituida por fuerzas que exceden su consciencia. El sujeto está constituido por juegos de espejos y máscaras que escapan a su consciencia y a su poder de control, así como por contradicciones que conforman su escisión subjetiva. Nos toca la labor de confrontar a los pacientes con sus fallas, ornamentos, contradicciones y escisiones para darles un pequeño margen de libertad frente a todo eso. Orillarlo al momento de decisión frente al síntoma: o te vas sin remordimiento o te quedas sin culpa.

Hay que someter la subjetividad del paciente a la crítica más radical y a un proceso de deconstrucción que muestre lo que han hecho de él para que pueda hacer algo con eso. El “tú eres eso” de Lacan debe estar acompañado del “¿Qué deseas ser?” para lograr que lo que eran pronunciamientos en el relato se conviertan en cuestiones, en preguntas abiertas. Hay que acompañar a los pacientes neuróticos al borde de la locura, al riesgo de sus sueños ¿No somos todos locos en el sueño? Lograr extirpar la cobardía y lograr el instante de la valentía en que no nos importa estar locos. Como dice Lacan en algún lugar que no recuerdo: “La realidad es para los cobardes que no saben soportar sus sueños”.

El psicoanálisis debe caminar por esa escabrosa vereda que tiene el riesgo de caer en el abismo. En análisis aprendí que sin riesgos no se lleva a ningún lado y que se camina al borde, un camino prefabricado no es camino, es la autopista donde se pierden los mediocres. Solo el abismo nos muestra la nada de nuestro verdadero ser, es el monstruo que debemos aceptar que somos y que la máscara de hombre o de mujer es solo la coartada para no perseguir el abismo de nuestro deseo, la máscara que se nos pegó a la cara de tanto obedecer y de acostumbrarnos a la jaula.

“Desde aquí, *desde el lugar de una radical indefensión*, desde donde todo puede ser cuestionado y todo puede cuestionarse, *desde el riesgo de la locura, es de donde parte, fantaseando, la elaboración que puede desembocar*, si antes no nos hemos perdido, en *una interpretación...*” (232) [5]. Hay que desenmascarar radicalmente el relato o narración del paciente, mostrarle que es del Otro y que no se basa ni

fundamenta en nada. Sospechar de todo y no creer en nada: enseñar el vacío que nos constituye y corroe a todos.

## 2. HERMENÉUTICA DE LA CONFIANZA

No podemos quedarnos solo con la locura y el vacío. Nadie puede soportar esto por mucho tiempo y al final también puede producir más sufrimiento. En la clínica, no se puede ni de debe dejar que el sujeto permanezca en lo inhóspito, por más que sea necesario enfrentarlo. Los analizantes no vienen a regocijarse ni a ser consentidos, pero tampoco por ello debemos permanecer atados a la crueldad que implica su destrucción.

Tanto en psicoanálisis como en la hermenéutica, nos enfrentamos con nuestros límites, con nuestra finitud. Esto es siempre doloroso, aunque, a la larga resulte curativo. Los goces parciales se intensifican cuando cae la ilusión del goce total y pleno, pero, para lograr esto, es necesario derribar los ídolos que sostienen esos ideales. Es decir, se trata de poner a prueba todo lo que consideramos nuestra “intimidad” y mostrar cómo este supuesto interior tiene un origen externo. Ante esto, el psicoanalista debe actuar con prudencia y con caridad para entablar el diálogo y la escucha. Todas estas virtudes y procesos de la hermenéutica.

Dice Ricoeur: “Lo contrario de la sospecha, diría yo abruptamente, es la fe. ¿Qué es la fe? Indudablemente ya no la fe primera del carbonero, sino la fe segunda del hermeneuta, la fe que ha atravesado la crítica, la fe poscrítica” (29) [3]. En la clínica psicoanalítica es también muy importante la escucha flotante, sin juicio, en la que desaparecemos como sujetos y hacemos que se muestre el relato del analizante, de hospitalidad, de recolección y restauración del sentido y (¿por qué no?) yo añadiría también, de amor y de cariño.

La hermenéutica sitúa un texto dentro de la historia mientras que el psicoanálisis sitúa a cada analizante en su historia. Ambas disciplinas se interpelan en este punto tan peculiar en el que, como debe ser, la práctica conduce y determina a la teoría. Esta parte de “fe y amor” en el psicoanálisis tiene que ver con el diálogo auténtico que Gadamer describe en el capítulo 11 de su obra magna: *Verdad y método* [6]. Sostengo

que lo que Ricoeur llama “fe poscrítica” es aquello que en la hermenéutica gadameriana se denomina: “buena fe”.

La noción de “buena fe” en la hermenéutica es muy susceptible de críticas, incluso puede ser fácilmente caricaturizada. La noción no tiene nada que ver con la piedad o cosas por el estilo, tiene que ver con poder escuchar al otro, ya sea de viva voz o en el discurso escrito, de manera que no proyectemos en el otro nuestras expectativas, deseos o voluntades. No se trata de buenos deseos, sino de una estrategia adecuada para lograr que emerja el discurso del otro desde su propia alteridad.

El diálogo, según lo concibe Gadamer, es una experiencia, es decir, un proceso en el que podemos reconocer lo extraño, lo nuevo, lo diferente, lo inopinado, lo que no conocíamos de antemano. En el diálogo cada interlocutor cuenta con su propia “tradición”, es decir, el paradigma o elementos desde donde hablamos, el bagaje cultural que cada uno va cargando a cuestas y que determina nuestro discurso. La cuestión entonces es: ¿cómo puedo entender al otro de manera que su palabra resuene en sí misma sin que mi propia tradición intervenga “contaminando” su decir? ¿Cuál es la disposición más adecuada de escucha?

Antes de decirnos qué es lo que se debe de hacer, Gadamer nos indica lo que no se debe hacer si realmente queremos establecer un verdadero diálogo, nos previene contra las formas fallidas de este. Hay dos tipos de experiencias fallidas:

1° Los monólogos que se presentan a sí mismos disfrazados de diálogo. Esto sucede cuando se instrumentaliza a la persona. Con el hablar se busca que la otra persona, el tú se ponga al servicio de los deseos o voluntad del yo. En este caso, el tú no es reconocido en su dimensión singular, sino solo en referencia al yo.

2° En las discusiones argumentativas en las que se busca vencer o convencer al otro, al tú. Este falso diálogo se lleva a cabo cuando se busca imponer las propias ideas al interlocutor y por lo tanto se persigue el argumentar mejor. Comúnmente a esta forma argumentativa se le llama “debate” y, aunque se toma más en cuenta al tú, este sigue bajo la referencia al yo.

En cambio, el diálogo genuino, también llamado “dialogal”, es el que no pretende conocer de antemano al otro y en el que como escuchantes tampoco pretendemos saber o conocer nada, sino que nos concentramos en el discurso del tú. La pretensión de saber impide la experiencia exitosa del tú. Hay que “poner entre paréntesis” o suspender momentáneamente los prejuicios e ideas preconcebidas para someternos al proceso riguroso del diálogo. Si bien es imposible renunciar totalmente a nuestros prejuicios, el esfuerzo de dejarlos de lado, la voluntad de no afirmarse frente al otro permite que podamos descubrir la novedad de su discurso, o sea, abrimos a lo que tiene que decir.

Contrariamente a las formas fallidas de diálogo, el diálogo dialogal es el “arte de no tener razón”. En él se deja de lado la pretensión de estar lo correcto o de tener la razón o el saber. Cuando se busca tener la razón se deja de lado la escucha y a lo que está sucediendo en el discurso del otro. En este punto, la prudencia hermenéutica se empalma con la “docta ignorancia” de Sócrates. Como es sabido, el filósofo ateniense jamás defendía ideas propias, sino que, desde el lugar del no-saber, interrogaba a sus interlocutores para que estos pudieran “dar a luz” ideas nuevas y verdaderas.

Tanto para la hermenéutica, como para Sócrates el pensar no tiene nada que ver con refutar al interlocutor o tener la razón. Cuando buscamos tener la razón no podemos aprender cosas nuevas. En el diálogo de escucha, por eso, más que buscar modificar las posiciones o posturas del interlocutor, se busca atender a lo que el interlocutor dice. El tener la razón o creer que ya se posee el saber impide la escucha que permita que nos sorprenda el discurso del otro, así como obstaculiza la producción de nuevos descubrimientos.

Se trata de reforzar el discurso del paciente, no solo buscar su punto débil, sino poder fortalecerlo también. El psicoanalista o el hermeneuta deben dejar su discurso de lado y reforzar el punto de vista del otro para que lo que diga sea revelador. La hermenéutica no es como la retórica que busca reforzar el discurso propio y encontrar el punto débil del discurso ajeno. El “arte de pensar” trata más bien de reforzar el discurso del interlocutor, de reforzar lo que dice.

Los sofistas o falsos sabios, “oportunistas” los llamaríamos hoy en día, se sirven de la retórica para “atacar” al discurso ajeno. En cambio, los filósofos actúan con la “buena voluntad” que encuentra significativo lo que dice el interlocutor. El concepto de “buena voluntad” de Gadamer está calcado de la noción de *eumeneis elenchoi*, según el cual, a decir de M. Aguilar: “los seres humanos libres y con alteza de ánimo no van buscando la debilidad de lo que el otro dice para probar que tienen razón, sino que buscan reforzar el punto de vista del otro, para que lo que dice sea revelador” (164) [7].

La apertura al tú se resuelve y se despliega bajo la lógica del diálogo, de la pregunta y de la escucha de las respuestas. Considero que la buena voluntad de la hermenéutica, esta neutralidad benevolente se interpreta de manera correcta si se asemeja y empalma con la “regla de abstención” del psicoanálisis. Así como el o la psicoanalista renuncian al lugar de la prescripción (discurso del amo) y de la enseñanza (discurso de la universidad), el buen hermeneuta renuncia al saber y a la pretensión de refutar o corregir al otro. Ni el psicoanálisis ni la hermenéutica son una ortopedia.

Se trata de reforzar el discurso del paciente, no solo buscar su punto débil, sino poder fortalecerlo también. El psicoanalista debe dejar su discurso de lado y reforzar el punto de vista del otro para que lo que diga sea revelador. Este es el verdadero sentido de aquello que Gadamer llama *Eumeneis elenchoi*, que se traduce por buena voluntad. El psicoanálisis explica bien este concepto de Gadamer. Dice Mariflor Aguilar:

¿Qué puede ser entonces la *euméneia* para Gadamer? Arriesgo otro sentido de la misma con la que me parece que Gadamer podría estar parcialmente de acuerdo; es un sentido tomado del psicoanálisis que se formula como “neutralidad benevolente” que renuncia al lugar del amo refiriéndose a un lugar, el del analista, que podría ser comparado con el del Sócrates elenctico, quien no sabe nada pero al mismo tiempo no está ausente, ni es pasivo, ni es indiferente; su voluntad, su “buena voluntad” habría que decir, sería “buena” porque se hace responsable de la marcha de un proceso a partir de su propio deseo que tiene que ser para el sujeto una incógnita. Así, la “bondad” de la voluntad, de la “buena voluntad”, sería equivalente no a la voluntad de saber ni a la voluntad de poder, sino a la voluntad de incógnita que pese a todo dinamiza la escucha (72) [8].

La búsqueda hermenéutica y psicoanalítica no busca llegar a nuevas sentencias o afirmaciones que reestablezcan el dogmatismo y que terminen o cierren el discurso. Al contrario, se trata de abrir el discurso del interlocutor a nuevas posibilidades; esto se logra por medio de la invención o creación de preguntas. Tanto el no saber socrático, como la posición de abstinencia del psicoanalista o la buena voluntad del hermeneuta nos conducen a un estado de perplejidad que es más que la simple ignorancia, es un estado de apertura que conlleva la transformación de la existencia. El preguntar introduce una ruptura en el ser de lo preguntado, inquieta y quebranta el ser. Cuando se impone de verdad una cuestión o una pregunta se llega al instante en que no se puede eludirla ni permanecer igual a como se era antes.

Ya adelantamos que el psicoanalista rehúye a los lugares de la prescripción y la instrucción, ni amo ni profesor, ni orden ni universidad. Esto es correlativo a “histerizar” al paciente, lograr que se cuestione los dogmas. El psicoanalista introduce preguntas, cual partero socrático o mayéutico ayuda a dar a luz a las preguntas implícitas en el discurso del analizante. Las preguntas revelan mucho más profundamente lo que somos. En cambio, las sentencias son máscaras y monedas gastadas que no nos permiten enfrentar y mirar lo abierto e insondable de la existencia. Las sentencias son barandales con los que aferrarse a la orilla, con las preguntas nos echamos un clavado al abismo del ser.

Hasta aquí podemos llegar con los analizantes y se acaba la técnica puesto que no hay método ni arte que nos indique como plantear preguntas, estas suceden simplemente como sucede la vida y no hay manual para vivir. Como psicoanalistas podemos señalar solamente que las preguntas dirigen nuestra vida. Las preguntas que dirigen nuestra vida son inconscientes, no las elegimos, las cuestiones nos eligen a nosotros. A menudo, nuestro discurso se trata de respuestas a preguntas que ya hemos olvidado. Compete al psicoanálisis ayudarnos a recordar.

## **CONCLUSIÓN**

La práctica psicoanalítica de interpretación oscila entre los polos de la sospecha y la fe que tiene que ver con la recolección de sentido. Quedarnos solo con alguno de estos

polos implicaría una práctica mutilada que puede resultar contraproducente. No estaría bien quedarse solo con la escucha benevolente en la que el paciente se regocije con lo que es sin animarlo a la transformación. Toda transformación conlleva sufrimiento, pero solo quedarnos con el sufrimiento del analizante sería caer en la crueldad. Hay que reconstruir esa subjetividad que no puede soportar el abismo de sí, se necesita también estabilidad.

Sospecha y fe, los dos polos en los que oscila el psicoanalista. Aquí es donde encontramos la verdadera analogía, la proporción que debe aplicar el psicoanalista. El psicoanalista debe ser prudente para saber cuándo aplicar la sospecha y cuando la fe. Esta es la virtud hermenéutica del psicoanálisis. Prudencia: sabiduría práctica que se sostiene en el amor.

Tanto la hermenéutica como el psicoanálisis son obra de amor. La gran cuestión del amor es cómo vincularse con el otro sin posesión ni dominación, de lo que trata el gobierno, justamente la antípoda de *Eros*. El verdadero amor también busca evitar la fusión, este amor que, contaminado por el gobierno, busca hacer de los dos seres amados uno solo y así también terminar la diferencia. El amor y el diálogo verdadero, al contrario, buscan afirmar la diferencia, es decir, el infinito.

El amor no puede ser cerrado, se abre al infinito. En esto coinciden sospecha y confianza: ambas partes de la hermenéutica buscan que podamos enfrentar ese abismo: desenmascarar las coartadas, quedarnos sin pretextos, afrontar la desnudez y soledad del existir, trucar las certezas por preguntas. Cuando esto se lleva a cabo en pareja, y nadie lo logra solo, estamos hablando de obras de amor: psicoanálisis y hermenéutica son maneras de amar, dentro de los infinitos modos que tiene este verbo que a veces parece sinónimo de vivir. Las caras de *Eros* son inabarcables, pero viajamos por ellas creándolas de forma interpretativa.

Analista y analizante; texto e interprete son dos formas, infinitas e inabarcables también, de sondear por el prójimo y *des-cubrir*. Encontrar diferentes y novedosos sentidos detrás de las cortinas del discurso, de las palabras que siempre señalan y ocultan al mismo tiempo. El psicoanalista puede aprender mucho de la hermenéutica

puesto que, como mostré en el artículo, lleva a cabo la paradójica tarea de sospechar del discurso del analizante para poner de manifiesto las fuerzas que lo producen, pero también es capaz de dejar de lado sus motivaciones para llevar a cabo el proceso de escucha que refuerza su decir.

Siempre he pensado que el diálogo, tal y como lo concibe Gadamer, es una especie de abrazo por medio de la escucha: el oído que abraza al discurso ajeno. En el caso del psicoanálisis, al involucrar también la sospecha, viene acompañado de la duda. Duda que debe desembocar en preguntas. Estas preguntas nos señalan nuestros límites y siempre será doloroso enfrentarlos. Al análisis también vamos a aprender a soportar y a sobrellevar los límites, a aprender a perder: castrar se dice en el psicoanálisis de una manera que me recuerda a las veterinarias.

Sospechar para saber perder sin identificarse con lo perdido, hay que reconocer que perdimos cosas que nunca tuvimos pero que idealizamos debido a la sensación de haber perdido. Esto pasa por la pregunta porque así nos damos cuenta de que nuestro decir está constituido por preguntas y que estas preguntas nos señalan a lo abierto, a lo infinito. Las preguntas también son ventanas a este infinito que habita dentro de nosotros. Abrazamos ese infinito “éxtimo”<sup>1</sup> en la escucha psicoanalítica.

La interpretación psicoanalítica también tiene que ver con esta buena voluntad de la hermenéutica de Gadamer, con esta actitud de escucha y de recibimiento al paciente que busca sí que cuestione su discurso, pero con fe, con la fe poder crear otra subjetividad menos tonta y esperamos que también menos dolorosa y sufriente.

## **BIBLIOGRAFÍA**

[1] GADAMER, H.-G. (1994). Verdad y Método 2. Salamanca: Sígueme, 1994.

[2] BEUCHOT, M. (2007). Phrónesis, analogía y hermenéutica. México: FFyL-UNAM, 2007.

[3] RICOEUR, M. (2019). Freud: una interpretación de la cultura. México: Siglo XXI, 2019.

---

<sup>1</sup> Neologismo acuñado por Lacan para designar la paradoja de lo externo que nos constituye íntimamente.

[4] FOUCAULT, M. (2016). Nietzsche, Freud, Marx. México: Banderas Negras, 2016.

[5] PLÁ, J. C. (1981). Sueño y tiempo de Freud. En: BRAUNSTEIN, N. y Cols. A medio siglo del malestar en la cultura de Sigmund Freud. México: Siglo XXI, 1981.

[6] GADAMER, H.-G. (1991). Verdad y Método 1. Salamanca: Sígueme, 1991.

[7] AGUILAR, M. (2006). Experiencia de la alteridad. En: AGUILAR, M. y Cols. Entresurcos de Verdad y Método. México: FFyL-UNAM, 2006.

[8] AGUILAR, M. (2005). Diálogo y alteridad. Trazos de la hermenéutica de Gadamer. México: FFyL-UNAM, 2005.